

# Reflexiones sobre los postgrados en Venezuela

## RESUMEN

*Este artículo destaca algunos de los problemas que pueden detectarse en el sistema de postgrado de Venezuela. Algunos se han presentado en su nacimiento y otros han ido apareciendo en el transcurso de su desarrollo.*

*Para una mejor comprensión de los mismos, el autor comienza con una clasificación muy simple de los diversos postgrados venezolanos y concluye proponiendo algunos remedios para la situación.*

## ABSTRACT

*This article stresses out some of the problems that persist in Venezuelan graduate schools' system. Some of these have been a constant since its birth and others have been emerging throughout its development.*

*To better comprehend these problems, the author provides a very simple classification of the many Venezuelan graduate schools and concludes proposing certain solutions for the situation.*

## Antonio Cova Maduro

Sociólogo de la Universidad Central de Venezuela. Periodista de la Universidad Central de Venezuela. Master en Sociología de la Universidad de California (Berkeley, California). Profesor en las Escuelas de Ciencias Sociales y Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas. Profesor en el postgrado de esa misma Universidad. Profesor invitado en el Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA). Conferencista y Autor. Columnista en el diario *El Universal* de Caracas (días miércoles, 1-4) y en *Economía Hoy*, (lunes, última página). Escribe en las revistas: *Debates IESA*, *SIC* y *Producto*.

Hace ya un montón de años que a la Educación venezolana le nació un nuevo hermanito, y poca atención le hemos prestado, tanto a los rasgos que él tenía, como a las implicaciones que ese nuevo miembro de la familia educativa nacional generaba con su presencia. Se trata de los postgrados universitarios, mejor conocidos como el *quinto nivel*.

A lo mejor cuando nació hizo abrigar a todos muchas expectativas. Es muy posible, incluso, que algunos tuviesen la secreta esperanza de que fuese como el de los Estados Unidos: la joya de todo su sistema. Es más, quizás parecía el único, realmente recomendable del vasto aparato educacional de la sociedad norteamericana, como lo testimonian miles de profesionales del mundo entero que allí acuden, como si fuese una nueva Meca.

Los resultados están a la vista y lo menos que podría decirse es que, por ahora, y quizás para siempre, *lo mejor* del sistema universitario sea, precisamente su *pregrado*, sus múltiples escuelas que otorgan los más variados grados que, por razones de

cortedad terminológica llamaríamos *licenciaturas*.

En la misma medida en que nuestra Escuela Básica se ha ido *deteriorando de un modo aterrador* y a una velocidad pasmosa, un buen número de escuelas universitarias realizan un trabajo notable y de ello dan abundante testimonio los cientos de graduados universitarios, en los más diversos campos profesionales, que no sólo se disputan otros países, sino que dejan muy en alto el nombre de nuestro país dondequiera que van, ¿Qué pasa entonces con nuestros postgrados, que no producen algo parecido?

#### POSTGRADOS QUE NO FUERON LO QUE SE CREYÓ

Vale la pena que comencemos esta indagación con una clasificación muy simple y cuyo propósito no va más allá del presente artículo. Los postgrados en Venezuela podrían agruparse en *tres* grandes tipos. En primer lugar tenemos los que quizás fueron los primeros en aparecer: los de *especialización* y que nada tienen que ver con los que ahora

se llaman así y que conceden el título de "Especialista". No, los *postgrados de especialización* fueron los que diversas carreras, básicamente las ciencias naturales y las dedicadas a la salud, crearon, forzadas, por sus propias necesidades.

Así, lució para las facultades de Medicina y Odontología que durante los años de estudio *no podían impartir los más recientes conocimientos*, ni especializar a sus estudiantes en las nuevas tecnologías de la salud. Brotaron, entonces, como hongos, diversas especializaciones para las que algunas facultades de Medicina estaban particularmente dotadas. Se hizo tan común que, para cualquier médico recién graduado, quedarse sin hacer esos estudios en cardiología, traumatología, pediatría o cualquier otra especialidad médica, parecía algo imposible.

Rápidamente otras escuelas siguieron ese ejemplo, en particular las de las ciencias naturales: Química, Física y Biología, que incluso recibieron apoyo para ello de institutos de investigación que ya estaban montados. Vendrían luego las

Hace ya un montón de años que a la Educación venezolana le nació un nuevo hermanito, y poca atención le hemos prestado, tanto a los rasgos que él tenía, como a las implicaciones que ese nuevo miembro de la familia educativa nacional generaba con su presencia. Se trata de los postgrados universitarios, mejor conocidos como el *quinto nivel*.

A lo mejor cuando nació hizo abrigar a todos muchas expectativas. Es muy posible, incluso, que algunos tuviesen la secreta esperanza de que fuese como el de los Estados Unidos: la joya de todo su sistema. Es más, quizás parecía el único, realmente recomendable del vasto aparato educacional de la sociedad norteamericana, como lo testimonian miles de profesionales del mundo entero que allí acuden, como si fuese una nueva Meca.

Los resultados están a la vista y lo menos que podría decirse es que, por ahora, y quizás para siempre, *lo mejor* del sistema universitario sea, precisamente su *pregrado*, sus múltiples escuelas que otorgan los más variados grados que, por razones de

cortedad terminológica llamaríamos *licenciaturas*.

En la misma medida en que nuestra Escuela Básica se ha ido deteriorando de un modo aterrador y a una velocidad pasmosa, un buen número de escuelas universitarias realizan un trabajo notable y de ello dan abundante testimonio los cientos de graduados universitarios, en los más diversos campos profesionales, que no sólo se disputan otros países, sino que dejan muy en alto el nombre de nuestro país dondequiera que van, ¿Qué pasa entonces con nuestros postgrados, que no producen algo parecido?

### POSTGRADOS QUE NO FUERON LO QUE SE CREYÓ

Vale la pena que comencemos esta indagación con una clasificación muy simple y cuyo propósito no va más allá del presente artículo. Los postgrados en Venezuela podrían agruparse en *tres* grandes tipos. En primer lugar tenemos los que quizás fueron los primeros en aparecer: los de *especialización* y que nada tienen que ver con los que ahora

se llaman así y que conceden el título de "Especialista". No, los postgrados de *especialización* fueron los que diversas carreras, básicamente las ciencias naturales y las dedicadas a la salud, crearon, forzadas, por sus propias necesidades.

Así, lució para las facultades de Medicina y Odontología que durante los años de estudio *no* podían impartir los más recientes conocimientos, ni especializar a sus estudiantes en las nuevas tecnologías de la salud. Brotaron, entonces, como hongos, diversas especializaciones para las que algunas facultades de Medicina estaban particularmente dotadas. Se hizo tan común que, para cualquier médico recién graduado, quedarse sin hacer esos estudios en cardiología, traumatología, pediatría o cualquier otra especialidad médica, parecía algo imposible.

Rápidamente otras escuelas siguieron ese ejemplo, en particular las de las ciencias naturales: Química, Física y Biología, que incluso recibieron apoyo para ello de institutos de investigación que ya estaban montados. Vendrían luego las

variadas ingenierías, con el mismo interés, y hoy Venezuela tiene un vasto grupo de tales postgrados.

Casi de inmediato apareció el otro tipo: el postgrado *académico*. Básicamente para el mundo de las Humanidades, pero de algún modo también entre lo que podemos llamar las *ciencias de la conducta*. Así entonces, hoy Venezuela tiene estudios de postgrado en Filosofía, en Literatura y en las diversas Historias. Luego se le sumaron postgrados en Ciencias Sociales y en Psicología, que, de algún modo, están en los límites entre los “académicos” y el tercer tipo, que luego definiremos.

Los postgrados académicos no tenían un interés pragmático, evidente ni inmediato. Fueron creados –y en mucho siguen siendo– para gente cuyo único interés era el estudiar por estudiar. Y ello atrajo, como era de esperarse, un tipo de estudiantes que iban a ser su delicia y su cruz, al mismo tiempo, porque, en efecto, ¿qué profesor no ha soñado con tener una audiencia casi de la Atenas del siglo V a.C.? Pero eso hizo que, muy rápidamente les apareciese una gran debilidad: la *inestabilidad* de quienes a ellos acudieron. Daba casi lo mismo cursarlo que no hacerlo, y fueron las universidades las que vinieron en su auxilio. A porque al poner como requisito para el avance de la carrera de los profesores, el tener maestrías y doctorados, y al posibilitar que las respectivas tesis fungiesen de

trabajos de ascenso, los convirtieron en una clientela fija de tales postgrados.

Muchos de ellos, además tenían la ventaja de no ser muy costosos para las universidades que los creaban, aunque no fuera por otra cosa que porque se supone que un profesional puede pagarse su propio material bibliográfico sin demandar mucho de las escuálidas bibliotecas. La desventaja que pronto conocieron fue la de una *combinación perversa*. El escaso tiempo de que disponen muchos profesionales en nuestras endiabladas ciudades, aunado al escaso entretenimiento en la destreza de leer, iba a convertirse en una pesadilla por ratos paralizante.

Finalmente, el tercer tipo de postgrado es el de los *profesionales*. Ellos son, qué duda cabe, los más exitosos hasta el presente. Su propósito no es otro que el de *adiestrar* a egresados universitarios en las más variadas carreras en áreas específicas de la vida profesional, básicamente en habilidades *gerenciales*. Quizás por eso mismo el postgrado *emblema* de este tipo sea el de “Administración de Empresas”, independientemente del nombre que se le ponga.

El hecho de que la banca, y en general todo el sistema financiero y los más altos niveles gerenciales de cualquier empresa, prefiera a profesionales con postgrados en esta área hace que su matrícula se desborde. Eso mismo, quizás, ha sido una

bendición exenta de graves consecuencias. Por un lado estos postgrados en Administración se han convertido en los “financiadores” de los otros, a la vez que, obligados por la matrícula masiva, no hubo tiempo de darles mucha fuerza ni de ponerse exigentes con los requisitos de admisión y mucho menos con los de permanencia. Se percibió, incluso, que podían ser manejados como cursos de extensión con “barnicito” de exámenes y trabajos limitados.

Hoy por hoy los postgrados *profesionales* se han convertido en algo así como el meollo del sistema de postgrado y, como era de esperarse, en su “imagen pública”. Ellos son, en mucho, los que han provocado la opinión bastante generalizada de que “todomundo” debe tener un postgrado y que ello tampoco es tan difícil ni tan exigente, después de todo. Ellos, además, casi que *se le impusieron* a las universidades, no brotaron de un desarrollo, esperable de las mismas.

### PROBLEMAS DE NACIMIENTO Y DESARROLLO

Salvo excepciones muy contadas, ha tocado a las universidades ser el “ámbito natural” para el nacimiento y desarrollo de los postgrados en Venezuela, tanto como para que fuese impensable que pudieran mantenerse en cualquier otra institución. Eso no quiere decir, en lo absoluto, que fuesen un brote

espontáneo, esperable, largamente “cocinado” en y por las universidades. No, en muchas de ellas apareció como una *imposición*. Y prácticamente, como era de esperarse, la *improvisación*.

¿Y cómo se ha manifestado ella? Quizás podría resumirse en un solo término: la ingenua creencia de que, *con la misma estructura* (sí, la mismita), era posible llevar adelante un sistema de postgrado. Así, entonces, sus *modos de inscripción* siguieron idénticos, con lo que el resultado ha sido muchas veces caótico.

Una vez inscritos, los cursantes fueron apiñados en las mismas aulas e instalaciones que ya eran insuficientes para el cursante usual de las universidades, y sus autoridades casi no se dieron por enteradas de lo inconveniente y hasta contraproducente que esto podría ser. Los ya sobrecargados salones de computación simplemente recibieron un reordenamiento de sus horarios y las bibliotecas siguieron tan escuálidas como antes, al mismo tiempo que sus horarios no fueron ni aún mínimamente modificados. Se creyó, erróneamente, que puesto que eran igualmente estudiantes, podían ser tratados del mismo modo que los estudiantes de pregrado.

Como si no bastase con esto, no sólo no se singularizaron profesores para su exclusiva dedicación a los postgrados, sino que muchos fueron pasados

alternativamente del pre al postgrado, sin que para nada se modificase su dedicación a los primeros. En los postgrados, además, tendrían exámenes, programas fijos, grupos grandes y todas las dificultades que ya padecen en los pregrados. Hubo, en pocas palabras, no una *modificación* de su trabajo, sino una *intensificación* del mismo. ¿Hay que ser un genio para prever los resultados que ya comienzan a ser el pan nuestro de cada día?

Una vez instalado el sistema, como en tantas otras cosas, el “desmantelarlo” para hacerlo realmente eficaz y productivo, para que fuese, en pocas palabras, *lo que debería ser*, casi que se tornó imposible. Hoy, lejos de ser una solución, los postgrados en Venezuela han venido a sumarse a los serios problemas de la Educación nacional.

Decir esto, por supuesto que en lo más mínimo puede borrar y ni siquiera ocultar casos —minoritarios pero sobresalientes— de postgrados de gran calidad que existen en nuestro suelo, y donde se realiza una tarea constante de vigilancia para que no se presenten las peores desviaciones.

El hecho de lo abrumador y omnipresente de los defectos anotados y quizás lo más grave: el *cómo* esos mismos problemas ya se insinúan, impúdicos y con creciente acoso, en las mejores instituciones nos alertan sobre sí, a lo mejor no es el mismo *contexto*

nacional el que impone lo que tanto nos duele y nos avergüenza. Creo que ha llegado la hora de realizar investigaciones que intenten descifrar si tal es el caso.

Parejo con este asunto hay otro que bien vale la pena considerar. Se trata de lo que, *grosso modo* podríamos llamar la “atmósfera”. En efecto, así como para que en un país, cualquier país, se den abundantes productos culturales es necesario que ese país genere un *ambiente* que lo haga posible, de igual modo se requiere de una “atmósfera” de interés generalizado en el conocimiento; una sociedad en la cual el “saber” sea prestigioso y muy premiado, para que la gente crea que vale la pena destacarse —y sobre todo dedicarse— en y a ello. Si eso no sucede, esas burbujas de estudio pronto serán asfixiadas y su huella se desvanecerá como hielo al Sol inclemente.

La tarea, pues, que tienen las instituciones de postgrado en Venezuela —las universidades en primer lugar— es inmensa y por supuesto que las desborda. Ello demanda, en primer lugar, una gran claridad no sólo de miras y propósitos, sino de monitoreo de problemas y oportunidades en quienes se dedican a este campo.

En segundo lugar, se les impone a cada una de las instituciones involucradas, que, por esas razones, se ayuden unas con otras y soliciten —y hasta cortejen— la ayuda de instituciones no académicas, como

serían las empresas privadas y el gobierno. En tercer lugar, ellas deben realizar -y urgentemente- grandes cambios en lo que tiene que ver con su estructura y su personal, para dotar a sus grados del nivel que se merecen, o abandonar el intento. Y esto hay

---

que hacerlo con espíritu de riesgo y gran creatividad.

En este intento hay universidades que mostrarán que no pueden con lo que eso impone. El "mercado" se encargará de sacarlas del juego.

---

Otras, sin embargo, serán parcialmente exitosas y ese mismo "mercado" les mostrará los ajustes que deben realizar. Y finalmente una minoría habrá logrado el milagro, con lo cual el país entero saldrá beneficiado y esos mismos éxitos impondrán mejoras constantes y crecientes.

---